

El tiempo y



MIGUEL ARTECHE ²⁶

William Faulkner dice en su discurso al Premio Nobel que la labor del escritor era fijar el tiempo. Detener la vida y atraparla mediante la palabra. Nada más apropiado para calificar la obra poética de Miguel Arteche y en especial este libro, "Des-

tierras y tinieblas" (Ediciones Rumbos, 1995), que esta labor del arte, del artista que siente dolorosamente el paso del tiempo y se apresura ávido a detenerlo.

Esto tiene que ver igualmente con la posición del artista como testigo y observador de la vida. El artista no sólo es el que ve cosas que otros no ven, sino que piensa y medita y filosofa sobre circunstancias que otros no perciben. El creador es por antonomasia un filósofo, como decíamos refiriéndonos al rumano Marin Sorescu, un ontólogo, un continuo indagador por la esencia, por el ser de las cosas.

Nos parece oportuno que se haya reeditado este libro en cuyo título se define todo el contenido: el poeta como "desterrado", como rodeado de "tinieblas" que debe despejar. Nos recuerda la observación que hacía Thomas Mann sobre la obra de Schopenhauer, "El mundo como voluntad y representación", en cuyo título, decía él, se resumía en forma redonda y perfecta la tesis metafísica del libro.

La obra está dividida en ocho partes, comenzando con "Soliloquios de los hijos de la tierra" y terminando con las "Invocaciones a nuestra señora del Apocalipsis", última parte que resume la poética de profunda raíz cristiano-católica de Arteche y que recorre toda la obra en uno de sus temas fundamentales: el amor por la justicia y los

desamparados. Pero hay otros igualmente importantes junto al persistente y angustioso paso del tiempo: el amor, la soledad individual y cósmica, la muerte.

El libro se abre precisamente con el poema "Quevedo habla de sus llagas", en que -como en muchos otros- aparece un sentimiento estoico, y donde tal vez junto con el hábil e inteligente uso de los más variados ritmos y medidas del verso y formas estróficas, se encuentra la más directa influencia de la lírica peninsular. El verso medido y la habilidad métrica aparecen como algo tan orgánico en el poema que se diría que el verso libre le resulta ajeno, con versos blancos escritos en endecasílabos:

*El sueño ha terminado para siempre.
Ayer la muerte, que empezó en la vida
del parto sin noticia, quiso al cuerpo
semilla y carne de una tierra oscura.*

Sin embargo, a pesar de la influencia de las estructuras clásicas, se siente en Arteche un fuego genésico y desolado, propio de nuestras latitudes y del todo ajena a la poesía peninsular.

Hay algunos poemas notables, muchos sonetos de antología, por supuesto, ligados a la constante de la desolación por el paso del tiempo, entre ellos "La bicicleta", "El café", "Restaurante". Vale la pena recordar el cuarteto inicial del primero:

*En rueda está el silencio detenido,
y en freno congelado la distancia.
Qué lejano está el pie, cómo se ha ido
la infancia del pedal sobre la infancia.*

Y con respecto al paso del tiempo otro soneto de impecable factura como "Primavera", que encierra el sentido germinativo de la naturaleza, su apoteosis junto con el desgarramiento del tiempo indetenible.

La poesía de Miguel Arteche no sólo atrae por su perfección formal, casi inaparente, sino por su capacidad de simbolización y trascendencia y, sobre todo, por el clima ambiguo y misterioso que la rodea, su mayor seducción y arena de combate de toda gran poesía. Veamos unos de sus poemas más simples, pero que adquieren complejidad y trascendencia por su nivel de simbolización, donde las palabras cambian de signo y de sentido, y se transforman en alegoría del presentimiento y la desolación. Las últimas estrofas del poema "Frío":

*De mi matriz a la tierra
no será largo el camino
y en la tierra yo estaré
contigo.*

*Madre,
pero en el mar siento el frío.*

*De mi matriz a la noche
se va lo tuyo y lo mío;
mas la noche será tierna
para nosotros, hijo.*

*Madre,
¿y si la noche es el frío?*

Finalmente los últimos poemas son los más ligados a la creencia católica y al culto a la Virgen, "Invocaciones a nuestra señora del Apocalipsis". Hay fe y escatologías pero igualmente la idea aparece rodeada de misterio y de cierto temblor telúrico y metafísico, característico de toda su obra.

Durante los años en que creíamos, como creemos ahora, en la posibilidad de intervenir en la historia, años en que apareció este libro, los chilenos vivíamos el delirio del maniqueísmo. Todo lo que cayera en el campo de la ideología marxista ganaba puntos sobre cualquier otra ideología. Y había entonces que hacer la oposición Lihn-Arteche, Barquero-Arteche, Teillier-Arteche, elevándose en categoría el que estaba más a la Izquierda. Creo que cometimos una gran injusticia y le torcimos la nariz a la realidad. No fuimos capaces de ver la poesía por sí misma, aparte del autor, y no percibimos entonces la gran altura y perfección de esta poesía.

Creemos que es el momento de reparar este punto de vista, cargado de ideologismo y pasión deformante. Tal vez una de las pocas cosas positivas que nos ha traído la historia en los últimos años, sea la visión holística, como se dice ahora, es decir, la visión integradora de los opuestos que permite mayor comprensión hacia el que piensa distinto, como una de las más refrescantes y enriquecedoras experiencias ●

JAIME VALDIVIESO B.